

Lo verdadero y lo verosímil. Del silencio de los archivos a los relatos de la frontera

Lorena Barbuto¹

Resumen

En este trabajo nos proponemos abordar los “relatos de la frontera” explorando las posibilidades de acercarnos, a través de estas obras, a ciertos aspectos de las relaciones y prácticas que mediatizaban las condiciones de vida en los espacios de frontera en el siglo XIX. Trabajaremos particularmente los escritos de dos autores, Armaignac y Gomila, que relatan sus experiencias en la frontera sur de la provincia de Buenos Aires entre las décadas de 1860 y 1870. Frente a ciertas limitaciones y dificultades que plantean otras fuentes documentales, y teniendo en cuenta el carácter literario de estas obras, propondremos leerlas en una clave que considere su pertinencia en términos de la verosimilitud de lo narrado.

Palabras clave

frontera sur - siglo XIX - relatos de frontera - Armaignac - Gomila

Resumen

The aim of this paper is to study the “stories of the border” exploring the possibilities of approaching certain aspects of relationships and practices which influence life conditions in border spaces in the 19th century. We will particularly work the writings of two authors, Armaignac and Gomila, who tell their experiences in the southern border of Buenos Aires between the decades of 1860 and 1870. Considering the limitations and difficulties which arise in other documentary sources and, taking the literary nature of these works into account, we suggest reading them in the light of their pertinence in terms of verisimilitude of the narrated events.

Key words

Southern border – 19th century – stories of the border – Armaignac – Gomila

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XIX en la frontera sur de Pampa y Patagonia, un espacio en tensión entre la sociedad criolla y los grupos indígenas, se desarrollaron intensas relaciones de negociación, coerción y conflicto que involucraron a una gran diversidad de actores: autoridades civiles y militares, “indios amigos”, soldados, milicianos, hacendados, comerciantes, indios de “tierra adentro”. Abordar el estudio de ese espacio, observando el escenario social, las lógicas de sus actores e intentando acceder a “la fragilidad de lo vivido” (Ginzburg 2004) supone un desafío en términos de las posibilidades y los límites que plantean las fuentes documentales de la época.

En este trabajo queremos explorar el potencial de los “relatos de la frontera” –un conjunto de obras en el que se narran las experiencias del viaje y la permanencia en el “desierto” argentino-² en el sentido de aquellos aspectos que pueden iluminar frente al

¹ Profesora en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es doctoranda de esa universidad y becaria de posgrado en la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Su tema de investigación se orienta al análisis de los actores de la frontera sur bonaerense en la segunda mitad del siglo XIX, desde la perspectiva de la Antropología Histórica. Contacto: barbutol@yahoo.com.ar.

² Nos referimos al corpus caracterizado como “literatura de la frontera” (Fernández Bravo 1999) y “narrativa expedicionaria” (Torre 2010).

silencio de los archivos. El corpus conformado por relatos de viajeros, memorias de pobladores y crónicas militares del siglo XIX constituye un conjunto heterogéneo y rico en detalles y descripciones con los cuales acercarse a distintos aspectos de la vida social en la frontera. Así, recurrir a esas producciones leídas a la par de los documentos de archivo puede contribuir a aportar matices que brinden mayor espesor al conocimiento de un espacio social complejo.

Tomaremos particularmente la obra de dos autores que se refieren a la frontera sur de la provincia de Buenos Aires durante la última parte de la década de 1860 y los primeros años de la década de 1870: *Viajes por las pampas argentinas* (1976 [1883]) del médico francés Henry Armaignac y dos escritos de Teófilo Gomila, *Memorias de frontera* (2011 [ca. 1910]) y *La revolución de 1874* (2011 [1910]). Los dos, con una experiencia y trayectoria de vida muy diferente, nos dejaron relatos de su permanencia en la zona en los que además de las experiencias personales podemos acercarnos a través de sus descripciones a los más variados aspectos de la vida cotidiana en la frontera, y contemplar con una luz diferente a los actores sociales tan diversos de esos espacios.

Abordar en este sentido los relatos de la frontera implica también la problematización de aspectos relativos a las formas de escritura, contemplando el lugar de la subjetividad y las posibilidades de deslizamientos ficcionales. En otras palabras, atender a la tensión documento-literatura (Torre 2003) en este tipo de obras que parten del objetivo de documentar una realidad vivida. En este sentido, nos preguntaremos también por la posibilidad de que estos escritos puedan ser leídos en una clave que considere su pertinencia en términos de lo verosímil más que de lo verdadero.

Comenzaremos este trabajo caracterizando brevemente la frontera sur en la segunda mitad del siglo XIX, dejando planteada la complejidad del espacio social y político de la frontera, la multiplicidad de actores y las tensiones que atravesaban este escenario. Nos centraremos especialmente en las décadas de 1860 y 1870 para poder situar en contexto aquellas obras. Trabajaremos luego las limitaciones de los documentos de archivo y una perspectiva posible para la lectura de los relatos que nos permita abordarlos como un material que puede iluminar ciertos aspectos velados de las relaciones y prácticas que mediatizaban las condiciones de vida en los espacios de frontera.

Las “fronteras interiores”: expansión del Estado y grupos indígenas

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la frontera sur de Pampa y Patagonia –un extenso arco que cruzaba las actuales provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires- fue escenario de rápidas transformaciones en el balance de fuerzas entre el Estado nación argentino y los grupos indígenas que habitaban los territorios que aquel aspiraba a controlar. En estas décadas, con la definitiva unificación nacional tras la batalla de Pavón (1861) y la llegada a la presidencia de la nación de Bartolomé Mitre (1862-1868) el gobierno nacional debió atender a distintos frentes de conflicto –tanto internos por las resistencias provinciales como externos con la guerra del Paraguay- que dilataron la concreción de la ocupación territorial del espacio que se buscaba dominar. Así, las “fronteras interiores”, como se denominaba a los espacios hasta las cuales se extendía el control efectivo del estado, constituyeron un foco de atención constante y pendiente de resolución para el proyecto nacional.

A comienzos de la década de 1860, y luego de varios años de recrudescimiento del conflicto interétnico que produjo un retroceso de la frontera bonaerense, se realizaron avances parciales incorporando tierras al espacio efectivamente controlado por el Estado argentino (Garavaglia 2001). Durante la presidencia de Bartolomé Mitre se llevó a cabo una expansión de los vínculos pacíficos con los principales grupos indígenas de la Pampa y el norte de la Patagonia,³ en pos de un proyecto de ocupación progresiva de tierras que combinaba el uso de la diplomacia y la acción militar. Se retomaron las relaciones con los grupos de “indios amigos” del sur de Buenos Aires,⁴ que permitió el retorno y nuevo asentamiento en la frontera de varias parcialidades. Al mismo tiempo, la política estatal de tratados de paz fue desplegando una red de vinculaciones en la que algunos caciques intermediaron para sumar a otros grupos, cubriéndose así gran parte del mapa político indígena (de Jong 2011a).

Durante estos años, las relaciones interétnicas en la frontera se tensaron ante los reiterados incumplimientos en la entrega de raciones pactadas en los tratados, los avances parciales sobre territorio indígena y la represión sobre los “indios amigos”⁵ (de Jong 2011a). Hasta el final de la presidencia de Sarmiento los planes de expansión territorial se mantuvieron vigentes, aunque sin concreción. La Ley 215, sancionada en 1867, establecía el adelantamiento de la frontera hasta el Río Negro, y si bien en 1869 se consolidó una nueva línea de fuertes y fortines, aquel proyecto no pudo concretarse. Ello puede vincularse, más allá de los obstáculos representados por otros frentes de conflicto interno, a factores estrechamente ligados a los intereses implicados en el funcionamiento de la frontera, entre los que estaban las expectativas sobre el impacto político de los éxitos y los fracasos logrados y quiénes podían capitalizarlos (Barbutto y de Jong 2012).

En este período, la defensa de las localidades de frontera se organizaba a través de una línea de fuertes y fortines segmentados en varias Comandancias bajo las órdenes de los mandos militares que oficiaban de Comandantes de Frontera. En estos puestos de frontera revistaban las tropas del ejército de línea,⁶ los milicianos de la Guardia Nacional y fuerzas

³ La política de tratos pacíficos se remontaba al gobierno de Juan Manuel de Rosas (1829-1852) cuando se implementó el denominado “negocio pacífico de indios”, un sistema de contraprestaciones entre el Estado y las parcialidades indígenas en el cual estas últimas tuvieron diferentes grados de compromiso y subordinación (Ratto 2003).

⁴ Los “indios amigos” eran grupos que se asentaron en las fronteras, en las cercanías de los fuertes, y que prestaban servicios militares subordinados a las autoridades militares (Ratto 2003).

⁵ Es importante destacar además que las parcialidades indígenas de “indios amigos” eran actores políticos con una inserción inestable en el espacio de la frontera, manteniendo redes de alianzas con los grupos de “tierra adentro” y compromisos con los agentes estatales de la frontera. Los comandantes de frontera trataron de captar la lealtad de estos grupos. Esto implicó el fortalecimiento de la figura de algunos caciques en detrimento de otros que agudizó ciertas oposiciones y fragmentó las alianzas políticas entre ellos. Los caciques adquirieron un lugar de mediadores fundamentales que manejaban las distintas lógicas políticas hacia el interior del campo indígena y hacia los funcionarios estatales (de Jong 2012).

⁶ Las tropas del ejército de línea se componían de soldados *enganchados* y *destinados*. Los primeros se comprometían, a cambio de una remuneración, a servir en el Ejército durante cuatro años, aunque los licenciamientos no se cumplían prolongando la permanencia en la frontera. Los destinados, eran condenados por las autoridades civiles a servir en el ejército como pena por una gran variedad de delitos -que incluía la “vagancia” y la deserción- (Reseña Histórica y Orgánica del Ejército 1971).

de los grupos de “indios amigos”.⁷ Desde la unificación del Estado argentino, se había planteado la organización de un Ejército nacional que contara con una fuerza militar unificada y distribuida territorialmente. Sin embargo, la simultaneidad de los frentes de conflicto y la falta de profesionalización de las fuerzas hicieron de la escasez de efectivos del ejército de línea una constante que debió ser suplida por otros medios (Oszlak 2004).

Así, el servicio de armas en la Guardia Nacional involucraba, en forma rotativa, a todos los ciudadanos adultos varones que debían enrolarse periódicamente y podían ser convocados a prestar servicios militares. La gran presión sobre la población civil que significó este sistema llevaba a que las deserciones y ocultamientos de los milicianos fuera un problema recurrente en la frontera. Frente a las duras condiciones del servicio y la extensión del tiempo del mismo, era frecuente que los desertores se refugiaron fuera de su distrito de residencia –donde revistaban como enrolados- o que huyeran “tierra adentro”. Como vemos, la población del espacio de la frontera formaba un conjunto heterogéneo que comprendía hacendados, campesinos, jornaleros, indios, migrantes de las provincias del interior, y en forma creciente durante las décadas de 1860 y 70 inmigrantes extranjeros. Estos espacios habilitaban la circulación de la población por la rotación del empleo y la escasez de mano de obra para el trabajo rural, que sin embargo el Estado trataba de controlar a través de normativas que reglaban la movilidad. Al mismo tiempo, la permanente falta de soldados llevaba a aumentar la presión reclutadora sobre la población, recayendo muchas veces sobre los sectores con una menor capacidad de inserción en las redes locales de contención; es que las autoridades de la frontera, militares y civiles, respondían también a compromisos en tensión con su función formal (Míguez 2010).

Archivos, documentos y voces de la frontera

Las fuentes documentales que se encuentran preservadas en los archivos –cartas, documentos administrativos generados por las distintas instancias de la administración estatal, partes militares, reglamentaciones, etc.- representan una selección de lo producido en cada período del pasado. Han atravesado avatares político-administrativos y son fruto de una selección intencional en términos de lo que era relevante conservar (Nacuzzi 2002). Además, hay un componente de distorsión intrínseco en la documentación toda vez que el acceso social a su producción implica una situación de poder y por ello también de desigualdad (Ginzburg 2010).

Los documentos referidos a la frontera sur en la segunda mitad del siglo XIX plantean además ciertas dificultades específicas. Un problema general es el relativo al “vacío documental” que caracteriza a este período, a diferencia de la previa etapa rosista donde la documentación conservada es mucho más completa y ordenada (Garavaglia 2001). Nos encontramos así con una cierta fragmentación y también dispersión de la información que puede obedecer tanto a los procesos de conservación como a los avatares de las formas de comunicación y control de la burocracia estatal.

La documentación producida en la esfera oficial, por funcionarios militares (comandantes de frontera, oficiales a cargo de los fuertes y fortines, inspectores de guerra) y civiles (jueces de paz, alcaldes, ministros y otros funcionarios de gobierno) nos plantea el

⁷ Estas milicias constituían la reserva del ejército de línea y, como tal, su servicio estaba previsto sólo en casos excepcionales. Sin embargo, en la práctica cubrieron la ausencia del Ejército tanto en el servicio de fronteras como en los conflictos internos y externos.

sesgo de la intermediación de la voz de otros actores a partir de lo que el Estado registraba. Pero además, en muchos casos se trata de comunicaciones y registros oficiales que no siempre ni necesariamente daban cuenta del trasfondo en la toma de decisiones de las autoridades de la frontera. Por el contrario, muchas veces nos muestran los discursos elaborados e instrumentados por los actores para legitimar y justificar sus acciones.

En este sentido, es pertinente considerar el “carácter polémico de las fuentes”, sesgadas por los intereses enfrentados, frecuentemente manipuladas y distorsionadas en tanto recurso usado para intervenir en los conflictos fronterizos (Gregorio Cernadas 1998). Por otro lado, también diversos factores relativos a condiciones específicas de la frontera – la preferencia indígena por la comunicación oral, las actividades ilegales, el difícil control administrativo, etc.- implicaron que no se documentaran ciertas situaciones (Gregorio Cernadas 1998). Así, por ejemplo, el comercio ilícito de cueros, la apropiación de tierras, el manejo irregular de las raciones destinadas a las fuerzas del ejército y a los grupos indígenas, la imposición de servicios militares irregulares a los pobladores, son algunos de los aspectos velados en los documentos oficiales.

Con respecto a las comunicaciones y partes producidos por los agentes militares, han sido señaladas algunas características que implican la necesidad de tomar ciertos recaudos metodológicos para una lectura más ajustada de lo que esas fuentes revelan. Olmedo (2009) ha elaborado la noción de “silencio militar” para explicar aquello que las fuentes acallan u omiten. Se trata del silenciamiento de acciones del estado dirigidas a los sectores subalternos y de la omisión de los fracasos o dificultades de las acciones militares en la frontera (Olmedo 2009). También es posible advertir en buena parte de esta documentación una “política de hechos consumados” (Tamagnini 2007) ya que se daba cuenta de las acciones y los acontecimientos una vez sucedidos y en general era poco frecuente que desde las instancias gubernamentales superiores se cuestionaran esas decisiones militares (Tamagnini 2007).

Por su parte, los relatos de la frontera que abordaremos pueden inscribirse en un corpus más amplio de obras referidas al “desierto” argentino;⁸ memorias de militares, crónicas de viaje, obras científicas o periodísticas, etc., escritas a partir de diferentes motivaciones y con variados objetivos. En particular, los que aquí nos interesan, comparten un aspecto anclado en lo biográfico a través del relato de sus experiencias personales. Torre (2010) retoma para el análisis de la narrativa expedicionaria la idea de Lejeune de “pacto autobiográfico”. Esta noción implica una suerte de promesa contractual en la que se garantiza al lector la coincidencia entre autor, narrador y personaje principal. Ese tipo de marcas le dan a lo narrado una impronta particular que el lector puede detectar en tanto el autor refiere hechos e impresiones de primera mano.

Pero en estos relatos percibimos además la tensión documento-literatura, en el sentido en que si bien hay una cierta intención de documentar determinadas experiencias de la realidad, existe también el deslizamiento hacia una construcción ficcional. Más allá de la mediación inherente al acto de representación de la realidad en el relato, interviene la ficcionalización a través de ciertos artificios retóricos y sobre todo de la puesta en juego de la subjetividad que se filtra en el deseo documentalista (Torre 2003). Esto nos plantea una dificultad en cuanto a las posibilidades de acudir a estos escritos para recrear los

⁸ Este corpus o algunas obras en particular, han sido analizadas desde diferentes perspectivas. Remitimos, entre otros a: Viñas (1982), Fernández Bravo (1999), Nacach (2005), Torre (2010).

acontecimientos del pasado, y apoyarnos en los relatos de frontera para iluminar aspectos velados en otro tipo de fuentes.

Sin desconocer esa tensión, creemos sin embargo que estos textos pueden ser leídos en un registro que considere su pertinencia en términos de lo verosímil más que de lo verdadero. Como explica Todorov (2005) un hecho incluido en un relato puede no haber sucedido, pero la circunstancia de que el autor haya considerado factible narrarlo y que sus contemporáneos pudieran aceptarlo revela bastante en términos de la verosimilitud del acontecimiento. “Cuando un autor se equivoca o miente, su texto no es menos significativo que cuando dice la verdad; lo importante es que la recepción del texto sea posible para los contemporáneos, o que así lo haya creído su productor. Desde este punto de vista, el concepto de “falso” no es pertinente” (Todorov 2005; 60). En este sentido, y con los recaudos necesarios que indiquen la condición de probabilidad de ciertos datos, los relatos son valiosos en términos de reconstruir un contexto como “lugar de posibilidades históricamente determinadas” (Ginzburg 2010; 439); es decir, recurrir a otras voces de un momento y lugar similares permite integrar lo “verdadero” y lo “verosímil”, las “pruebas” y las “posibilidades” (Ginzburg 2010).⁹

Miradas lejanas, miradas cercanas. La frontera en Henry Armaignac y Teófilo Gomila

Viajes por las pampas argentinas

El médico francés Henry Armaignac llegó a Buenos Aires en diciembre de 1868 y permaneció en el país cerca de cinco años, durante los cuales, y según él mismo lo plantea, por cuestiones relativamente casuales permaneció la mayor parte de ese tiempo asentado en la frontera de la provincia de Buenos Aires. A dos meses de su arribo y dispuesto ya a regresar a Francia con pesar por no haber visto “la pampa” de la que tanto había escuchado, conoció al señor Pradère, un vasco francés dueño de una estancia “en pleno corazón de la pampa”, quien lo invitó a pasar allí una temporada. Suspendiendo entonces su partida, Armaignac se trasladó a la estancia de *Santa Cruz del Moro*, ubicada en el sur de la provincia de Buenos Aires, en la zona del arroyo del Moro (actual partido de Lobería).

La estadía de Armaignac en la estancia se prolongó hasta mediados de 1871, interrumpida por algunos viajes a localidades cercanas –como Tandil y Azul- y también a la ciudad de Buenos Aires. A comienzos de 1872, decidido ya a volver a Francia, una vez más un encuentro casual lo llevó a posponer su retorno. Un compañero de su viaje inicial que había entrado a formar parte del cuerpo médico de la frontera sur, le ofreció gestionarle un empleo similar. Fue así como Armaignac tomó el puesto de médico de la frontera norte de Buenos Aires en el fuerte Lavalle. Permaneció en ese destino poco más de un año y finalmente emprendió su regreso definitivo en julio de 1873.

⁹ Carlo Ginzburg (2010) desarrolla estas reflexiones en relación con el libro de Natalie Zemon Davis “El retorno de Martin Guerre”, en el cual la autora reconstruye un proceso judicial y su contexto a partir de reelaboraciones literarias del proceso y otras fuentes de la época. Afirmar allí la autora: “cuando no encontraba al hombre y a la mujer que estaba buscando, me dirigía, en la medida de lo posible, a otras fuentes de esa misma época y lugar para descubrir el mundo que ellos debieron conocer y las reacciones que pudieron tener” (Zemon Davis 1982; 6-7 en Ginzburg 2010; 438).

Armaignac publicó, diez años más tarde, un relato de sus experiencias en la campaña bonaerense bajo el título *Viajes por las pampas argentinas*.¹⁰ En el prólogo, describe su intención:

En las páginas que se van a leer, yo había procurado dar una idea general y lo más exacta posible de la República Argentina tal como la conocí hace diez años, pero pronto me di cuenta de que casi estaba escribiendo historia antigua, tantos eran los acontecimientos importantes ocurridos desde aquella época hasta nuestros días. De manera que fue necesario rehacer varios capítulos de mi manuscrito, añadir algunos más e insertar unas cuantas notas que, al par que tenían al lector al corriente de lo que pasaba en otros tiempos, le indicasen también lo que sucede en la actualidad (Armaignac 1976 [1883]: 7).

Explica además que inquieto por cierta desconfianza de sí mismo, encargó la lectura del manuscrito a José Luro, al que había conocido en su viaje, incluyendo en la publicación una carta del propio Luro avalando –y alabando– el libro y un resumen que le envió sobre la situación general de la Argentina en esos años. Entendemos que estos gestos apuntan a generar cierta legitimidad de la veracidad del relato, tanto por el cuidado puesto en su producción como por traer en su apoyo una voz “local” que aprueba y complementa la información. Este tipo de operaciones reaparecen a lo largo de la obra con apelaciones a la autoridad del conocimiento profundo y de primera mano:

durante los cinco años que pasé en plena pampa, he recorrido en todos sentidos y en diferentes épocas del año más de 50.000 kilómetros cuadrados. [...] es necesario admitir que se trata de una extensión suficiente como para tener una opinión personal y poder hablar de ese territorio con conocimiento de causa (Armaignac 1976 [1883]: 68).

El relato, que comienza con la travesía desde que se embarcó en Burdeos, narra el devenir de su historia en esos cinco años deteniéndose en la descripción de los más variados detalles –ya se trate del paisaje, la fauna o las costumbres– con la impronta de una mirada desde el asombro, del viajero que por un lado descubre un mundo nuevo –y a los “otros” que lo habitan– al mismo tiempo que lo referencia permanentemente por la semejanza o el contraste con lo conocido. El viaje de Armaignac está marcado por un doble extrañamiento, hacia un país desconocido y en el que encuentra con asombro algunas similitudes y,¹¹ una vez en él, el viaje exótico “tierra adentro”.

Como mencionamos, hay en este viaje dos momentos de permanencia en la zona de la frontera. Durante los primeros años, Armaignac se instaló en la estancia *Santa Cruz del Moro*, a la que describe como “una islita en medio de la pampa” ubicada “en pleno desierto”. Conocida su condición de médico, en breve tiempo pasó a ocuparse de la

¹⁰ Edición original: *Voyages dans les pampas de la Republique Argentine*. Alfred Mame et fils, Editeur, Tours, 1883. Usamos aquí la edición en español de Eudeba (1976).

¹¹ “¡Cuál no sería mi sorpresa al desembarcar y encontrarme con calles y casas como las de Francia! Yo me había figurado que en América todas las construcciones eran de madera, y estaba lejos de suponer que en estas tierras pudiera haber tanto lujo y comodidades como en nuestras grandes ciudades de Europa” (Armaignac 1976 [1883]: 27).

atención de los pobladores de la zona, lo que le permitió conocer los usos y costumbres locales y adquirir las destrezas necesarias –montar a caballo, ubicarse en las grandes extensiones de la pampa, tomar mate amargo-.

En el tiempo que pasó en la estancia, pudo realizar un viaje hasta las localidades de Tandil y Azul, y en esta última tomar contacto con los indios a los que ansiaba conocer. Nos interesan aquí particularmente algunas observaciones que, si bien teñidas por cierta mirada sesgada hacia los indígenas, dan cuenta de situaciones cotidianas en un pueblo de la frontera. Una vez instalado en Azul describe la presencia indígena en las calles:¹²

No bien me asomé a la puerta del hotel vi pasar a dos indias montadas a horcajadas en un pobre jamelgo. Poco después vi pasar otras más, solas o de a dos, con una o varias criaturas [...]

Por poco que se las siguiera, se las veía invariablemente apearse a la puerta de alguna joyería o almacén y, en este último caso, era casi siempre para comprar algún corte de género, a azúcar, coñac, ginebra y yerba, a cambio de algunas fajas de algodón, seda o lana tejidas por ella, o bien algunas pieles de nutria, de zorro, de mapurite, de vaca o de caballo (Armaignac 1976 [1883]: 115).

En los días que pasó en Azul, tomó también contacto con Santiago Avendaño,¹³ a quien describe como “lenguaraz” y hombre de confianza del cacique Cipriano Catriel. Ante su pedido, Avendaño realizó gestiones con Catriel para llevar a Armaignac a conocerlo en su campamento. A partir de esto se narra el encuentro con el cacique, destacando el conocimiento y el interés que mostró por la situación de Francia, los detalles de la guerra franco-prusiana y en general por los viajes de Armaignac. Deteniéndose en muchos detalles de lo que observa y le llama la atención, el viajero describe una ceremonia de entierro que presenció y su participación unos días después –por invitación de Catriel- en una “fiesta religiosa” organizada para rogar por las lluvias y a la que asistieron una gran cantidad de indígenas llegados desde grandes distancias.

El segundo destino de Henry Armaignac fue en el fuerte Lavalle, donde se desempeñó cerca de un año –desde abril de 1872 hasta mediados de 1873- como médico de la frontera. En esta parte de su relato, Armaignac focaliza sus descripciones en la vida en los fuertes, la organización de la defensa, las incursiones indígenas; intercalando pasajes que dan cuenta de los cambios operados con la conquista territorial en el momento en escribe. A lo largo de la narración de ese tiempo que pasó en la frontera, aparecen descripciones y episodios puntuales que involucraban a distintos pobladores: gauchos, indios, soldados, mujeres, etc.

Para hacer sus correrías, los salvajes emplean como baquianos a soldados trásfugas que desertan continuamente de las tropas que defienden la frontera y se refugian entre

¹² Durante gran parte del siglo XIX la población indígena de estas zonas de la frontera pudo superar en número a la población criolla (de Jong 2011a).

¹³ Santiago Avendaño fue tomado cautivo de niño por los indios ranqueles, con quienes vivió entre 1842 y 1849. Fugado de su cautiverio, y luego de algunas vicisitudes, comenzó a actuar como intérprete para el gobierno en los tratos con distintos grupos indígenas. En momentos en que lo encontró Armaignac, era secretario del cacique Cipriano Catriel y tenía el puesto de “Intendente de Indios” en Azul (Salomón Tarquini 2006).

la indiada. Esos hombres le son muy útiles, porque conocen perfectamente no sólo el terreno, sino también las costumbres de la frontera, el estado de la caballada, la guarnición y las fuerzas de que se dispone en los fortines, etcétera.[...]

Los gauchos que habitan cerca de la frontera llevan una vida bastante parecida a la de los indios, de manera que cuando algunos caen prisioneros, se acostumbran rápidamente a su nueva existencia (Armaignac 1976 [1883]: 172-173).

Por otra parte, también va dejando indicios cuando menciona a lo largo de su relato ciertos aspectos informales de la dinámica de la vida en los fuertes. Señala por ejemplo la presencia de unas 140 mujeres que vivían en el fuerte. La referencia a la presencia de mujeres que acompañaban a los soldados al servicio en la frontera y se integraban a las actividades de los puestos, puede rastrearse en otros relatos similares pero su mención es mucho más elusiva en las fuentes oficiales.¹⁴ También refiere, en ocasión de la persecución de un malón, el incentivo que representaba para los soldados el reparto del “botín”: “todos nuestros soldados estaban radiantes y ya lanzaban miradas de codicia a los soberbios caballos pampas [...] En todos los combates con los indios, los despojos del enemigo eran botín para la tropa, cosa que estimulaba singularmente su arrojo” (Armaignac 1876 [1883]: 186).

Por último, es pertinente señalar un tópico que aparece en los relatos de Armaignac y que representó un problema continuo en los fuertes y fortines, pero que resulta complejo de analizar por pertenecer al orden de la ilegalidad: las deserciones. Señalando el incumplimiento de los tiempos de permanencia en la frontera de soldados y guardias nacionales que eran retenidos en forma indefinida, y las irregularidades del sistema de milicias que recaía sobre los sectores con menos recursos, Armaignac indica que las deserciones se producían a diario, “en menos de dos meses, un regimiento de caballería perdió en esa forma cerca de la mitad de sus hombres” (Armaignac 1876 [1883]: 194). Incluso las deserciones se daban también en forma grupal: “se dio el caso de que toda la guarnición de un fortín huyó de él sin exceptuar su jefe” (Armaignac 1876 [1883]: 194). Las condiciones del servicio en la frontera hacían que no hubiera una vigilancia constante de las fuerzas, así, se presentaban muchas oportunidades para la huída que tanto se efectuaba “para el lado de los indios” como para el de los “cristianos”.

Memorias de frontera

Teófilo Gomila (1846-1917) nació en Montevideo, ciudad a la que su familia paterna – comerciantes vinculados al partido unitario- había emigrado desde Buenos Aires en la década de 1830. Al término del gobierno de Rosas regresó, y luego de volver por algún tiempo a Montevideo, retornó definitivamente en 1865 iniciando una nueva vida en la campaña de Buenos Aires. Pasó por Cañuelas, Monte y fue acercándose a la frontera trabajando aquí y allá en variadas ocupaciones, hasta que logró establecerse con un emprendimiento ganadero en la frontera sud oeste de Buenos Aires, cerca del campamento de la “Blanca Grande” y luego en la zona de Sierra Chica, en las cercanías de Azul. En estos años sufrió varias incursiones indígenas, estuvo cautivo un año de los indios en Salinas Grandes y luego de muchas peripecias volvió a la zona de Azul comenzando un

¹⁴ Remitimos entre otros a Prado 1961, Gutiérrez 2005, Ébélot 2008.

negocio como proveedor del ejército. Aquí conoció al general Rivas y años después participó como su asistente en la denominada “revolución mitrista” de 1874 (Satas 2011).

En los años que estuvo en Azul, Gomila comenzó a dedicarse al periodismo, actividad que continuaría en Tres Arroyos, donde se estableció a fines de la década de 1870. Recientemente se han publicado varios escritos de Teófilo Gomila,¹⁵ algunos de ellos inéditos, en los que relata distintos momentos de su vida en la campaña de Buenos Aires y su participación en acontecimientos relevantes de la vida política del siglo XIX. Nos centraremos aquí en dos de estos escritos, *Memorias de frontera* (2011 [ca. 1910]) y *La revolución de 1874* (2011 [1910]). Ambos relatos resultan una interesante mirada de primera mano, atenta y provista de un interés casi etnográfico en sus apreciaciones, que complementa y a veces contrasta con la información brindada por las fuentes oficiales que se conservan en los archivos. Seguiremos para la presentación de algunos pasajes de estos escritos las consideraciones realizadas por de Jong (2011b) en su *Ensayo preliminar*, ya que permiten descubrir la riqueza y los aspectos más sugerentes de los relatos.

Los fragmentos recuperados de las *Memorias de frontera* fueron escritos muchos años después de sucedidos los acontecimientos que se relatan y Gomila apeló para su escritura al recurso de la tercera persona, por lo que esas memorias tienen por protagonista a “Mogali” (anagrama de Gomila). Es aquí donde relata su huída del cautiverio, acompañado por la hija de una cautiva que los ayudó en los preparativos. En el largo recorrido que debieron realizar para escapar de “tierra adentro” se van sucediendo situaciones y encuentros que, como señala de Jong (2011b), nos permiten vislumbrar las circunstancias que podían presentarse en el tránsito por estos espacios de frontera, así como los marcos de sociabilidad entre blancos e indígenas.

Uno de los episodios resulta significativo para apreciar las opciones que ofrecía la vida en la frontera. Tratando de mantenerse alejados de un malón en acción, se encontraron con un pequeño grupo asentado en las orilla del Río Colorado. Allí, trabaron relación con dos hombres y una mujer. La mujer era una india que vivía desde tiempo atrás con esos cristianos, y resultó conocida y “hasta pariente” de la compañera de Mogali. Su marido y su cuñado cruzaban haciendas y gente en botes y una balsa, cuidaban una majada que tenían a medias con el dueño del campo y comerciaban con los indios comprando “plumas de avestruz, cueros de tigres, león, quillangos de guanaco, caballos orejanos, etc., etc”. Ante la inquietud de Mogali por los riesgos de ser alcanzados por el malón, estos pobladores sostuvieron que el mayor riesgo no eran los indios, sino los “malones de los cristianos gauchos y desertores de la frontera” que se refugiaban en esos parajes sabiendo que no serían perseguidos hasta allí (Gomila 2011 [ca. 1910]: 140-141). Días después, en un enfrentamiento con un grupo de estos gauchos, uno fue capturado:

Era cristiano, porteño al servicio del fortín Reunión en el Oeste de la línea. Se llamaba Juan Peralta y tenía su madre, muger e hijos en el Pueblo de Bragado y se había desertado por las miserias y palizas que le propinaban los superiores,

¹⁵ El libro *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*, de Ingrid de Jong y Valeria Satas (2011) reúne los siguientes textos de Teófilo Gomila: “Memorias de frontera” (ca. 1910), “Vocabulario de la ‘lengua pampa’”, “La revolución de 1874” (1910), “Con los leones no se juega” (1891) y una selección de Correspondencia (1889-1913). Se incluyen también como apéndice los “Relatos sobre la vida de su padre” (1860) escritos por Aurelia Gomila y basados en las Memorias de Teófilo (parte de las cuales se hallan perdidas).

guareciéndose entre los indios para regresar a su casa después de algunos años, cuando ya se hubieran olvidado de él. La invasión la llevaban los indios salineros y él se había cortado con un grupo de diez para agarrar unas carretas de mercachifles que iban en marcha a Bahía (Gomila 2011 [ca. 1910]: 150).

Estos fragmentos muestran detalles de las posibilidades, límites y opciones del refugio tierra adentro para los desertores de la frontera, y sugieren preguntas sobre los tipos de solidaridades que podían ser activadas en esas situaciones.

Otro de los escritos de Gomila, *La Revolución de 1874*, es un texto por encargo. En 1910 y a pedido de su primo –director del periódico *La prensa de Belgrano*– escribe sobre esa revolución en la que participó siendo publicado en entregas durante ese año.¹⁶ Un aspecto relevante en este relato, más allá de los hechos de la rebelión, es la perspectiva que adopta Gomila para enfocar la participación de los sectores subalternos de la frontera, atendiendo a las formas de adhesión y resistencia al movimiento (de Jong 2011b).

En la descripción de un episodio en que las fuerzas revolucionarias sorprendieron a una división leal al gobierno que los perseguía, Gomila nos muestra las pocas opciones de los milicianos para eludir la participación en uno u otro bando:

la aparición de las fuerzas revolucionarias en número considerable, llevándoles un ataque a gran galope sin darles tiempo a formar, ni ocupar una posición defensiva, no pudo menos que sembrar el pánico entre los milicianos que no resistieron el ataque, ni quisieron aguantar el choque, huyendo despavoridos en todas direcciones siendo dispersados, perseguidos y lanceados en un trayecto de dos leguas, escapando solamente los que montaban buenos caballos. Todo lo demás cayó en poder de los revolucionarios que engrosaron sus filas con aquel paisanaje que no era sal ni agua. Elemento arreado á la fuerza que sólo servía porque no podía huir (Gomila 2011 [1910]: 236).

Por otra parte, uno de los aspectos más significativos de este texto de Gomila es la atención puesta en la participación de los indígenas liderados por Cipriano Catriel en la revolución mitrista, un aspecto muy poco conocido, más allá del episodio de la muerte del cacique a manos de sus hermanos. Gomila percibe las reglas políticas indígenas, la manipulación y coacción de las autoridades militares y presenta indicios que permiten relativizar las formas de subordinación de los indios amigos (de Jong 2011b). Así, describe las formas en que se trabajó para conseguir plegar a los catrieleros a la revolución a través de “una campaña para seducir a los hermanos Catriel, Juan José y Marcelino” y a otros capitanejos hostiles. E interpreta su anuencia en los siguientes términos:

Inducidos por las dádivas y el temor al número de tropas que le atribuían al General Rivas bajo sus órdenes [...] entraron en el movimiento no de buena fe sino con objeto

¹⁶ El 24 de septiembre de 1874, durante las últimas semanas de la presidencia de Sarmiento, los seguidores de Bartolomé Mitre iniciaron un levantamiento armado denunciando que la elección de su sucesor era producto del fraude. Nicolás Avellaneda llegaba a la presidencia con el apoyo de buena parte de las provincias y del Partido Autonomista, sector del liberalismo porteño ligado a la figura de Adolfo Alsina. El movimiento no llegó a extenderse más de tres meses y si bien existieron otros focos revolucionarios el epicentro se ubicó en el sur bonaerense, tradicional bastión del mitrismo (Miguez 2011).

de estar a la expectativa prestando concurso a la revolución mientras no hubiese otra fuerza que ofreciera mayor ventaja para dar su eternamente anhelado golpe (Gomila 2011 [1910]: 213).

Las tensiones al interior del grupo de las catrieleros y los límites del poder del cacique aparecen también en el relato de un enfrentamiento con las tropas leales al gobierno, en el Arroyo del Gualicho, en el cual las lanzas de Catriel debían llevar a cabo una maniobra para distraer al enemigo, fingiendo una retirada. Sin embargo, el cacique no pudo hacer cumplir sus órdenes:

Las mil doscientas lanzas se escalonaron y emprendieron la retirada, mientras sus Capitanejos en marcha, formando Consejo, encabezados por Juan José y Marcelino Catriel, Juan José Moreno y Choiquepan resolvieron no llevar ataque contra infantería y artillería.

Inútil fueron los esfuerzos del Cacique Cipriano para hacer cumplir sus órdenes (Gomila 2011 [1910]: 233).

Finalmente, y si bien no lo desarrollaremos aquí, Gomila se detiene varias veces en su relato de la revolución para trazar algunos cuadros vívidos de las costumbres y las formas de organización de los indígenas y sus percepciones sobre la sociedad criolla. Como señala de Jong “en el momento de escribir este relato, en 1910, Gomila es consciente de estar refiriéndose a una etapa en la que esta convivencia, aun con sus contradicciones, formaba parte de una sociedad que ya había dejado de existir junto con las mismas fronteras” (de Jong 2011b: 89).

Consideraciones finales

A lo largo del trabajo indagamos en la diversidad de detalles que revelan los textos de dos autores que escribieron sus experiencias personales de la vida en la frontera. Ellos resultan valiosos no sólo porque se trata de la mirada de observadores atentos a su entorno, sino también porque en un contexto de fragmentación, elusión y dispersión de otro tipo de fuentes documentales, brindan un bosquejo vívido de ese pasado. En este sentido, las descripciones y detalles de los textos aportan nuevos matices a nuestro conocimiento del espacio social de la frontera, contribuyendo a destacar la complejidad de un escenario que no puede ser pensado sólo en términos de confrontación; sino como un espacio de interrelación “un territorio imaginado, inestable y permeable de circulación, compromiso y luchas de distinta índole entre individuos y grupos de distintos orígenes” (Boccaro 2003: 64).

Señalamos que las fuentes de archivo presentan ciertas limitaciones y dificultades relacionadas con sus condiciones de producción y su intencionalidad y, en este sentido, el corpus de relatos puede iluminar ciertos aspectos informales que permanecían ocultos en la documentación oficial, contribuyendo al conocimiento de las relaciones y prácticas que mediatizaban las condiciones de vida en los espacios de frontera. Estos relatos también nos permiten vislumbrar la multiplicidad de voces, desde personajes que tuvieron un rol significativo en esta coyuntura histórica, hasta sectores mucho más relegados y “silenciosos” y acercarnos tanto a acontecimientos singulares –una revolución siguiendo los

pasos de Gomila o la celebración de una rogativa indígena a través de la mirada de Armaignac- como al devenir de la vida cotidiana, accediendo al escenario social, sus tensiones, sus conflictos, sus normas y la distancia con los comportamientos y las prácticas.

Si bien tenemos presente las posibilidades de deslizamientos ficcionales en los escritos que trabajamos –y seguramente estos operaron en su proceso de producción ya que se trata además de textos gestados desde el recuerdo- apelamos a la posibilidad de leerlos en una clave que considere sobre todo el registro de lo verosímil que puede hallarse en estos textos. En esa línea, la lectura de los “relatos de la frontera” puede aportar al estudio de esos espacios complejos desde una perspectiva que integre en el análisis a la sociedad criolla y a la indígena en un mismo marco de referencia y que permita verlo desde sus relaciones y no desde uno u otro “lado” de la frontera.

Bibliografía

- Armaignac, H (1976 [1883]): *Viajes por las pampas argentinas*. Buenos Aires: Eudeba.
- de Jong, I. (2011a): Las alianzas políticas indígenas en el período de organización nacional: una visión desde la política de Tratados de Paz (Argentina 1852-1880). En Quijada, M. (comp.) *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas Políticos en la Frontera. Río de la Plata, siglos XVIII-XX*. Berlin: Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz, 81-146.
- (2011b): Estudio preliminar. En de Jong, I. y V. Satas *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 59-116.
- (2012): Prácticas estatales sobre una sociedad segmental: los indios amigos de la frontera sur (Azul y Tapalqué, 1850-1870). En Reina, L. y S. Ratto (comps.) *Pueblos indígenas de México, Argentina y Bolivia: Incorporación, conflicto y representación en los nuevos Estados Nacionales. Siglo XIX*. México: Plaza y Valdés (en prensa).
- de Jong, I. y L. Barbuto (2012): De la defensa de las fronteras al conflicto faccional: preparando la revolución mitrista en el sur de Buenos Aires. *Paisajes Áridos* (en prensa).
- Ébélot A. (2008): *Adolfo Alsina y la ocupación del desierto. Relatos de la frontera*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- Fernández Bravo, A. (1999): *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Garavaglia, J. C. (2001): De Caseros a la guerra del Paraguay: el disciplinamiento de la población campesina en el Buenos Aires postrosista (1852-1865). *Illes i Imperis* 5: 53-80.
- Ginzburg, C. (2004): Intervención sobre el ‘paradigma indiciario’. En Ginzburg, C. *Tentativas*. Rosario: Prohistoria ediciones, 115-128.
- (2010): *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires, FCE.
- Gomila, T. (2011[ca.1910]): Memorias de frontera. En: de Jong, I. y V. Satas, *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 117-170.

- (2011[1910]): La revolución de 1874. En: de Jong, I. y V. Satas, *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 191-290.
- Gregorio Cernadas, M. (1998): Crítica y uso de las fuentes históricas relativas a la diplomacia indígena en la pampa durante el siglo XIX. *Memoria Americana* 7: 61-89.
- Gutiérrez, E. (2005): Croquis y siluetas militares. Buenos Aires: Edivérn.
- Míguez, E. (2010): La frontera sur de Buenos Aires y la consolidación del Estado liberal, 1852-1880. En Bragoni, B. y E. Míguez (coord.) *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880*. Buenos Aires: Biblos, 79-98.
- Olmedo, E. (2009): *Militares de frontera. Fuertes, ejércitos y milicias en la frontera sur de Córdoba 1852-1869*. Río Cuarto: UNRC.
- Nacach, G. (2005): Tan vivos, tan muertos. Dos décadas de representaciones y carácter de la frontera pampeana: entre Lucio V. Mansilla (1870) y Estanislao Zeballos (1880). *Tefros* 4, 2.
- Oszlak, O. (2004): *La formación del Estado argentino. Orden progreso y organización nacional*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Prado, M. (1961): *La guerra al malón*. Buenos Aires, Eudeba.
- Ratto, S. (2003): Cuando las “fronteras” se diluyen. Las formas de interrelación blanco-indias en el sur bonaerense. En: Mandrini R. y C. Paz (comps.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII y XIX*. Neuquén: UNS, 199-232.
- *Reseña Histórica y Orgánica del Ejército*. 1972. Buenos Aires, Círculo Militar.
- Rodríguez, F. (2010): *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Salomón Tarquini, C. (2006): “El niño que hablaba con el papel” Santiago Avendaño. En: Mandrini, R. (ed.) *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Taurus, 121-136.
- Satas, V. (2011): Noticia biográfica de Teófilo Carlos Gomila. En de Jong, I. y V. Satas *Teófilo Gomila. Memorias de frontera y otros escritos*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 15-58.
- Tamagnini, M. (2007): Conflictividad y violencia en la frontera sur de Córdoba. Malones y montoneras en la década de 1860. En: Rochietti, A. y M. Tamagnini (comps.) *Arqueología de la frontera. Estudios sobre los campos del sur cordobés*. Río Cuarto: UNRC, 15-70.
- Todorov, S. (2005): *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Torre, C. (2003): Los relatos de viajeros. En: Schvartzman, J. *La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emece, 517-538.
- (2010): *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo.
- Viñas, D. (1982) *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Siglo XXI.